



Revista de Filosofía, N° 42, 2002-3, pp. 69-74  
ISSN 0798-1171

## Para investigar en filosofía: ¿Methodologia o Methodiologia?

Research in philosophy:  
Methodologia or Methodiologia?

Ángel Muñoz  
Universidad del Zulia  
Maracaibo - Venezuela

### Resumen

Se recogen aquí unas reflexiones sobre la oportunidad de ciertos requisitos exigidos frecuentemente a los investigadores. Requisitos previos al inicio de su trabajo investigativo, y de acuerdo a los cuales el investigador debe “planear” previamente en torno a ciertos tópicos, tales como Metodología, Factibilidad, Contenido, Hipótesis... de la investigación a realizar.

**Palabras clave:** Investigación filosófica, metodología de la investigación.

### Abstract

Several reflections are gathered here as to the relevance of certain requirements frequently insisted upon for researchers. Before initiating a research project, there are requirements which a researcher must comply to such as methodology, feasibility, content, hypothesis, etc... all in relation to the topic of study.

**Key words:** Philosophical research, research methodology.

Iniciando su *Metaphysica*, Aristóteles expone cómo, a su entender, los distintos tipos de saber del hombre corresponden a diferentes actividades. Según él, lo más urgente en el hombre es el solucionar ante todo sus ne-

cesidades para sobrevivir; debe saber cómo poder satisfacer lo necesario para la vida, y sin lo que ésta no podría desenvolverse. Se trata, según él, del saber de *la techné*, la técnica, el “arte” de los romanos. Cubiertas estas necesidades, diversas *technai* podrán proporcionarle asimismo lo placentero, la comodidad y lo agradable. Es lo que los latinos llamarían el *negotium* (*nec-otium*) de la vida. Y sólo cuando todo lo anterior queda resuelto y satisfecho, podrá el hombre dedicarse a la *scholé*, al *otium*, al *ludus*, a las Artes Liberales, a la Sabiduría, como él prefiere llamar a la Filosofía. Sabiduría que ya no es *techné*, ni está en función de otra cosa por medio de la *poiesis*, la producción, sino en función de sí misma, pura *praxis*, saber por saber. Sabiduría que no surge de necesidades vitales sino, precisamente lo contrario, de la liberación de toda necesidad y negocio<sup>1</sup>.

En tal sentido, la Filosofía no está restringida a lo que habitualmente se entiende hoy por tal. Sabio, filósofo, es para Aristóteles todo aquel que se dedica al saber, no buscando una utilidad; el que busca el saber por sí mismo, el saber por el saber. Por eso, quien da clases de Filosofía como medio de vida, no sería considerado por Aristóteles como filósofo, por más Grados Académicos que haya obtenido en esa Facultad. Pero sí el pintor que, sin pensar que pudieran luego venderse, pretendiera expresar en sus cuadros –buenos o malos, no hace al caso– la belleza; o el criador de perros no movido por intereses crematísticos, sino por la continua intención de conseguir una raza más bella y perfecta.

Por eso, y por más que personalmente provengamos del campo de lo que habitualmente se entiende hoy por Filosofía, las reflexiones que siguen podrán ser aplicables, *mutatis mutandis*, a cualquier rama del saber y a cualquier cultivador de la Sabiduría o Filosofía aristotélicas. Reflexiones que vienen motivadas por esos requisitos en los que, tristemente, se pretende encasillar en nuestro país a los investigadores, por parte de ciertos organismos autoproclamados mecenas de la investigación, amparados la mayoría de las veces por siglas poco menos que ininteligibles –CONICIT, PPI, CDC, CONDES y otras por el estilo– como si quisieran esconderse tras ellas a las requisitorias que nuestro Aristóteles –felizmente para ellos, ya desaparecido– pudiera hacerles. ¿Cuántos de los Galileo, Da Vinci, Graham

1 Cfr. ARISTOTELES, *Metaphysica*, L. I, c. 1, 980a 21 – 982a 4; cfr. *Eth. Nicom.*, VI, 1139b 14 – 1140b 8.

Bell, Lumière, o tantos otros, habrán presentado previamente a sus inventos (y nótese que “inventar” e “investigar” provienen de una misma raíz) los respectivos Anteproyectos, Prólogo-objetivos, Proyectos y Postproyectos, explicando la Metodología que aplicarían, o la Factibilidad de los mismos? ¿A quién habrían presentado periódicamente el correspondiente Informe de Avance, con los progresos hasta el momento obtenidos? Por el contrario, la completa especificación de esa Metodología, Factibilidad, Hipótesis y demás, ¿es garantía ya de investigación (o de invento)? “Veo la barba y el manto, pero aún no veo al filósofo”, dicen que dijo Aulo Gelio<sup>2</sup>.

Los formularios de tales Proyectos son, sin duda, dignos de mejor causa. No nos detendremos en todos los epígrafes sobre los que, con insistencia monótona, requieren información casi todos los mecenas. “Importancia y Justificación del Tema”: ¿no sería mejor esperar al resultado para ello? ¿No es suficiente el criterio del investigador al respecto, y es necesario que otras mentes que habrá que suponer más claras lo consideren importante y justificado, y vean lo que el supuesto investigador no alcanzó a ver?. Requerir para su aprobación un “Planteamiento del Problema” o de los “Objetivos”, ¿no es considerar al investigador minusválido mental o menor de edad intelectual? Si el trabajo a realizar consistirá, por ejemplo, en el análisis o estudio del pensamiento de un autor, o de las posibilidades de aplicación práctica de una teoría, ¿no habrá que esperar a que el análisis o estudio se realice, para saber cuál es el Contenido del estudio? ¿Cómo saber de éste antes de abordarlo? Lo contrario ¿no es obligar a gritar “¡eureka!” antes de encontrar la gallina de los huevos de oro? Y no se nos acuse de que pretender eliminar estas “planificaciones” es querer dejar todo al azar; que bastante azarosa es ya, de por sí, la labor investigativa. Más que planificaciones, nos suenan –para usar del neologismo insulso que nos pretenden introducir– a “planeaciones”; planear, sí; pero sin que ello ayude en nada a, por fin, aterrizar.

En la planificación (¡o planeación!), se hace un requisito imprescindible hablar de la Factibilidad del Proyecto; es decir, de si el Proyecto es factible. Hay requisitorias que dejan a uno sin saber qué hablar o decir. ¿Factible? Ha de suponerse que, si alguien se propone un Proyecto, hay un qué

2 “Video barbam et pallium, philosophum nondum video”: AULO GELIO, *Noches Aticas*, L. IX, c. II, 4, ed. de F. Navarro Calvo, Madrid, 1893, vol. I, p. 305.

investigar, y hay un quién. Y habrá de suponerse también, en la mayoría de los casos, que el quién o tiene experiencia en el cómo, o no es tan inconsciente como para lanzarse a ciegas a un trabajo, exponiéndose a perder su esfuerzo. Y, habiendo un qué, un quién y un cómo, se puede confiar por tanto que, dentro de lo imprevisible del futuro, el trabajo proyectado no sea un mero futurible. Por otro lado, parecidamente a como "mobilis" (en latín) y "móvil" (en castellano) provienen de la contracción de "movibilis", así también "fácil" y "facilis" lo hacen por contracción de "factibilis". De modo que preguntarse por la Factibilidad del Proyecto en definitiva es tanto como preguntarse si un tal qué, con tal cómo, es fácil para un determinado quién. Personalmente, quizá demasiado estoicamente, solemos preferir dejar la respuesta a Séneca: "no es que no intentemos muchas cosas porque son difficili-les, sino que son difíciles porque no las intentamos"<sup>3</sup>. El mismo Séneca que opinaba que "nunca descubriríamos, si nos contentásemos con lo descubierto"<sup>4</sup>.

Personalmente sentimos una fuerte desconfianza ante la hipótesis (¿o tesis?) de los metodólogos, según la cual toda investigación debe partir de una hipótesis. De entrada, dudamos de hasta qué punto la hipótesis que se plantea el investigador no se le convierta, ya en su inicio, en una tesis a la que, en el desarrollo de la investigación y por más que inconscientemente, pretende conducir todas las conclusiones de su investigación. Y nos vienen a la mente aquellos "ídola tribus" de que hablara Bacon; por más que él los refiriera a la ciencia de la naturaleza, nos parece que son aplicables a todas las ramas del saber.

Porque la influencia de las propias opiniones o de los propios afectos, la tendencia a conceder realidad a lo que deseamos o imaginamos, la idiosincrasia de cada uno, así como su educación y hábitos, y otros más, acechan cada paso de la investigación; y serían "ídola" ante los que el inglés nos pondría en guardia de continuo. Sobre todo en ciertas investigaciones (y volvemos a poner el ejemplo de los análisis o estudios de textos), en las que no se pretende otra cosa sino presentar un texto a los investigadores

3 "Multa non quia difficilia sunt non audemus, sed quia non audemus sunt difficilia": SE-NECA, *Epistolae*, 104, 26.

4 "Numquam invenietur, si contenti fuerimus inventis": ID., *Epistolae*, 33, 10; cfr. ed. de I. Roca Meliá, Barcelona, 1995, p. 153.

y explicitar lo que determinado autor dijo. Pero lo que él dijo; sin más; sin interpretaciones que puedan traicionar a su verdadera intención.

Y la intención de los autores o textos fue, en la mayoría de las veces, taxativa, absolutamente tética, y nada hipotética. Otra cosa será el pretender exponer lo que el autor o el texto sugieran, o la interpretación personal a los mismos, por parte del investigador. Pero, aun en ese caso, el desarrollo de tal monografía sería, todo él, una formulación razonada de la hipótesis. Sin que fuera necesario establecer previamente una hipótesis a tal hipótesis; sería caer en un proceso al infinito. Por otra parte, una cosa es que una interpretación pueda violentar el pensamiento del autor o del texto; pero otra muy distinta que esa violencia se realizara “ab initio”, pretendidamente buscada. Estaríamos cayendo en los “idola” baconianos.

Pero sucede también que, habiéndose evitado que la hipótesis se plantee como prólogo al trabajo investigativo, se termina cayendo en ella, estableciéndola “a guisa de epílogo”, en lo que suelen llamarse las “Conclusiones”; que no resultan otra cosa, muchas veces, sino sugerir al lector una interpretación del texto. O, más que sugerirla, imponerla. Lo cual no es sino una ofensa a la inteligencia del lector, y no considerarle capaz de sacar sus propias conclusiones o de colegir él mismo cuál sea la tesis del texto.

A pesar de los siglos, Occidente sigue todavía ligado al cordón umbilical del mundo griego. Para éste, la ciencia consistía en el conocimiento de la verdad. Y estudiamos la obra de Aristóteles, nos deleitamos con los relatos de Herodoto, admiramos los conocimientos para su tiempo de Hipócrates y aplicamos todavía imperecederos axiomas y teoremas de Tales, Pitágoras o Euclides. Más allá de esa frontera cultural, el mundo de Oriente, menos racional pero más vitalista, más que la ciencia ha cultivado siempre la sabiduría.

Nuestra persuasión baconiana por intentar no caer en la tentación de los “idola mentis”, podría hacer pensar que somos opuestos a la aplicación de una metodología en los procesos de investigación. Lo que puede ser verdad; pero sólo en parte. Adversamos, sí, a quienes pretenden que “toda” investigación debe hacerse de acuerdo a las normas de “la” Metodología (por más que se la apellide Metodología “científica”). Y aceptamos, y defendemos, que “cada” investigación ha de hacerse de acuerdo a las normas de “una” Metodología. Aunque ésta no tenga mucho de ciencia, pero sí de sabiduría. Por más que sea el de una sabiduría llamada popular y concentrada en el refranero, en el que podemos encontrar aquello de que “cada maestrillo tiene su librillo”.

Todo esto viene a colación al momento de hablar de la metodología a emplear en ciertas investigaciones, de características que resultan demasiado atípicas a una Metodología Científica. Y nos viene a la mente una distinción –que, por cierto, pertenece a los clásicos occidentales– que podrá esclarecer en pocas palabras lo que queremos exponer y que nos llevaría demasiadas líneas. Y es que los “methodici” eran precisamente los médicos metódicos, por oposición a los médicos empíricos; pero que –ya que va de refranes– no escaparon tampoco a la ironía del aforismo salernitano: “errores medicorum terra tetigit”: “los errores de los médicos los cubre la tierra”. Y es que, difícilmente muchas investigaciones podrían aceptar se les aplicara caracterizaciones químicamente puras como las de “analítica”, “hermenéutica”, “histórica”, “descriptiva” u otras. Sí habrá que seguir algún método, en el sentido de dejar el menor campo posible a la suerte o el azar; pero incluso sin estar tampoco cerrados a que éstos pudieran aportarnos algo en un momento dado. Aun a riesgo de que, con este planteamiento, no consigamos obtener un “methodus” sino, a lo sumo, un “methodium”, un sainete. Esperemos que no.